

CAMPO ANALÍTICO, TERCERO ANALÍTICO Y CO-CORPOREIDAD EN LA COMPRENSIÓN DE LAS DIMENSIONES CONTRATRANSFERENCIALES DE UNA SITUACIÓN CLÍNICA¹

Nelson Coelho Junior*

La dimensión contratransferencial en una situación analítica puede ser concebida y comprendida de diferentes formas. Actualmente asistimos al avance de nociones como las de campo analítico y de tercero analítico, que generan posibilidades de comprensión de la situación analítica que superan la oposición conceptual entre una “psicología de una sola persona” (basada en las tensiones pulsionales) y la “psicología de dos personas” (basada en la dimensión relacional, intersubjetiva). A partir de allí, la propia noción de contratransferencia necesita de una revisión, pues no estamos ya, exclusivamente, en un escenario de dos sujetos separados y que se relacionan.

En este artículo enfatizaré, a partir del caso clínico de “Quince”², el campo de intensidades y experiencias perceptivas / corporales vividas por el analista, siempre referido a la inextricable conexión entre los dos miembros del par analítico. Empezaré presentando algunas consideraciones de la situación analítica establecidas por Willy y Madeleine Baranger y su noción del campo analítico, que tiene el indiscutible mérito de avanzar en una concepción del trabajo analítico que conjuga las dimensiones de indiferenciación y diferenciación entre los miembros del par analítico.

Como se sabe, la pareja Baranger construyó a comienzos de la década de 1960 una concepción de la situación analítica que preparó en gran medida muchos de los desarrollos del psicoanálisis contemporáneo. En un trabajo originalmente publicado en 1961, los Baranger sostuvieron que la situación analítica

1. Trabajo presentado en el XXXII Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis FEPAL, septiembre 2018. Lima, Perú. Panel “Violencia, figurabilidad y corporeidad en la dinámica transferencial-contratransferencial”.

* Psicoanalista. Doctor en Psicología Clínica (PUC-SP). Profesor del Instituto de Psicología de la Universidad de São Paulo, Brasil.
ncoelho@usp.br

2. Caso clínico presentado por Eugênio Canesin en este número de la Revista.

es, de hecho, una situación en la que dos personas extremadamente conectadas y complementarias están involucradas en el mismo proceso dinámico (1969, p. 129). El concepto de campo dinámico, presente en la psicología gestáltica y en la filosofía de Merleau-Ponty, puede aplicarse a la situación creada por el analizando y el analista —al menos en el plano descriptivo— sin que esto implique el intento de traducir la terminología analítica a otra. (ibid, p. 129). Para ellos, la situación analítica debe expresarse diciendo que tiene una estructura temporal y espacial, que está orientada por ciertas líneas de fuerzas y dinámicas y que posee sus propias leyes y propósitos: *Este campo es nuestro objeto de observación inmediato y específico. Como la observación del analista se centra simultáneamente en el analizando y la autoobservación correlacionada, sólo podemos definirla como la observación de este campo.* (ibid, p. 130)

Se hace evidente en esta descripción la presencia de tres elementos: la observación del analista de la psiquis del analizando, de su propia psiquis y la observación del campo. Quienes siguen esta línea sugieren que la relación psicoterapéutica construida en la situación analítica es una relación bipersonal. Pero también es, o básicamente es, una relación tripersonal, o incluso multipersonal, que ve cómo las múltiples escisiones psíquicas están en constante movimiento y que crea un campo que es necesariamente más complejo que un campo estrictamente bipersonal. Por lo tanto, por sí misma, la introducción de la noción de un campo en el panorama de la teoría psicoanalítica indica que la situación analítica necesita tres elementos para ser trabajada y comprendida: el analizando, el analista y el campo de fuerzas y sentimientos conformado por el par. El campo es a la vez el resultado del analista y el analizando, porque es la condición de posibilidad de la situación analítica en sí misma. Los Baranger especifican que *todo o cada ocurrencia en el campo es, al mismo tiempo, otra cosa* (p. 133). Así, definieron a la capacidad del campo de ser una situación experimentada como real por el paciente (por ejemplo, que el analista lo persigue) y, al mismo tiempo, una situación no contaminada por esos elementos (el paciente permanece en el análisis en lugar de huir o llamar a la policía) como una “ambigüedad esencial de la situación analítica”. Según ellos, *no sólo se experimentan en el nivel de la ambigüedad al analista y los detalles de la relación transferencial, sino también todos los aspectos del campo analítico* (p. 134). Más aún, señalan el hecho de que *todo analista participa en la ambigüedad corporal y responde con su propio cuerpo a la comunicación inconsciente del analizando* (p. 136). Los Baranger desarrollan una minuciosa investigación de la situación analítica, en la que se pone especial énfasis en el cuerpo del analista: *también puede advertirse que las fantasías de movimientos corporales que aparecen en el analista durante la sesión siempre corresponden a las experiencias realmente vividas por el analizando* (pp. 136-7).

Ahora bien, si consideramos el siguiente pasaje del caso “Quince” (Canesin, 2018), podremos reconocer las fantasías indicadas por los Baranger:

Mi conducta inicial no parece haber sido agresiva, al contrario: incluso ante el miedo hubo apertura para el contacto con el paciente. Sin embargo, se percibe de inmediato en las primeras sesiones la presencia de hostilidad por ambas partes. El paciente dejó clara su incomodidad respecto a la obligación fantaseada, de que debería comparecer a las sesiones, y de cierta manera mostró sus armas al hacer referencia al cuchillo, o a algo indeterminado, que traía consigo. Si en un primer momento mi reacción fue de tranquilidad porque el paciente por fin había dicho algo, tal estado psíquico no duró mucho tiempo. La reactivación del recuerdo del corral indicaba un temor y una tendencia a rivalizar, evidentes en la fantasía persecutoria y en su efecto de regular la angustia: mi hostilidad podría, con los mismos instrumentos, confrontar la del paciente. El juego transferencia-contratransferencia, sobre un fondo de hostilidades, despertaba la tensión de un embate violento, en el cual uno se impondría con agresividad sobre el otro. En este caso, la violencia se mostraba despertada por la dinámica clínica. (p. 45).

Años más tarde Willy Baranger (1994) retomó el tema para cuestionar la idea de una “Psicología de Dos Cuerpos”, a través de la cual trató de evitar varias dificultades para mantenerse al más evidente nivel bipersonal —para denominar al campo— (dos personas en un consultorio), pero no evitó ninguna dificultad, porque lo más inmediato y fundamental a revelar en este campo es una situación de tres, una situación triangular. (...) *No se trata de dos cuerpos o incluso de dos personas, sino de sujetos divididos, cuya división es el resultado de una triangulación inicial.* (Baranger, 1994, p. 369). Sin lugar a duda, fue la formulación conceptual de John Rickman (1951)³, usada y recontextualizada luego por Michael Balint (1952), la que primero sugirió que lo que pasa en una situación analítica no se resuelve en la esfera de la Psicología de Un Cuerpo, sino que es básicamente una situación de Dos Cuerpos⁴. Según esta perspectiva, el próximo desafío sería poner la visión dual en contexto y abrir la puerta a una nueva hegemonía: la terceridad.

3. Cf. Rickman (1951). Rickman propuso una secuencia que lleva de la Psicología de Un Cuerpo (el modelo clásico de la psicología general, con énfasis en el estudio de los procesos de la memoria, la percepción y el aprendizaje) a la Psicología Multi-corporal (relaciones grupales), mediante la Psicología de Dos Cuerpos (la relación madre-bebé), de Tres Cuerpos (el modelo del complejo de Edipo) y de Cuatro Cuerpos (la rivalidad entre hermanos en el contexto del complejo de Edipo).

4. El psicoanálisis relacional norteamericano de la década de 1990 (cf. Aron, 1996) utilizó ampliamente esta oposición y defendió la dimensión relacional de una Psicología de Dos Cuerpos contra lo que era, según su opinión, el psicoanálisis freudiano clásico; es decir, un psicoanálisis solipsista centrado en la dimensión intrapsíquica del paciente y en oposición a la dimensión intersubjetiva.

Todavía debe analizarse si la dualidad y la terceridad en psicoanálisis se excluyen mutuamente o son puntos de vista complementarios.

En este fragmento de Willy Baranger veo no sólo una crítica al movimiento del que Balint fue uno de los pioneros, sino también una crítica a los límites de su propia noción del campo analítico dinámico. Ya en el texto de 1961, aunque Madeleine Baranger y él procuraban ir más allá de la definición de la situación analítica como una estructura terapéutica bipersonal, subsistía el problema de cómo hacer encajar, en un solo plano teórico, una noción como la del campo dinámico y las singularidades de los mundos intrapsíquicos de analista y analizando. Desde este punto de vista, el tercer elemento no debería anular la singularidad y especificidad de los dos elementos principales. Podemos entenderlo como una condición de posibilidad, como un suplemento, como una resultante o como un intermedio; pero, independientemente de la concepción, pongo especial énfasis en señalar que las marcas intrapsíquicas de cada uno de los sujetos del par analítico no deben ser sustituidas por un elemento intersubjetivo.

Avancemos ahora en dirección a la proposición de Thomas Ogden de un tercer sujeto analítico. En su libro *La matriz de la mente*, publicado en 1990, Thomas Ogden empezó a construir, basándose en las ideas de Winnicott de desarrollo emocional y en una concepción dialéctica, su noción de terceridad: *El logro de la capacidad de mantener la dialéctica psicológica implica la transformación de la unidad que no requirió símbolos en una "tríada"; un juego dinámico de tres entidades diferenciadas* (Ogden, 1990, p. 213). Estas entidades son: *el símbolo (un pensamiento), lo simbolizado (aquello en lo que se piensa) y el sujeto que interpreta (el pensador que genera sus propios pensamientos e interpreta sus propios símbolos)* (ibid, p. 213). Estas serían las condiciones básicas para la creatividad y la construcción del espacio triangular, es decir, para la instalación del espacio potencial de Winnicott. De esta manera, tenemos las bases para una noción innovadora de terceridad, el tercero analítico.

Thomas Ogden afirmó más de una vez que concibió su noción del tercero analítico basándose en lo que le inspiró el trabajo de Winnicott. Según él, de un modo análogo a la concepción de que la unidad madre-bebé coexiste en tensión dinámica con la madre y el bebé como sujetos separados, es posible proponer una comprensión de la situación analítica en la que el analista y el analizando experimentan la misma tensión dinámica. En *Sujetos de análisis*, un libro publicado en 1994, la noción de tercero analítico es presentada del siguiente modo:

El proceso analítico refleja la interacción de tres subjetividades: la del analista, la del analizando y la del tercero analítico. El tercero analítico es una creación del analista y el analizando y al mismo tiempo el analista y el analizando (como tales) son creados por el tercero analítico. (No hay analista, analizando ni análisis si no hay tercero) (Ogden, 1994, p. 93).

Esta investigación está centrada en el campo interpersonal formado por el analista y el analizando. Lejos de ser una descripción idealizada de la situación analítica, lo que vemos en la concepción intersubjetiva de Ogden es el ejercicio del pensamiento clínico que revisa, con su propio estilo, las tradiciones de Klein-Bion y de Winnicott. Tres años más tarde, en el prefacio de su libro *Revêrie e interpretación*, Ogden (1997) busca enfatizar la importancia de la receptividad inconsciente del analista para la vida inconsciente del analizando:

La receptividad inconsciente de este tipo (el estado de revêrie de Bion) implica una entrega (parcial) de la propia individualidad diferenciada a un tercer sujeto, un sujeto que no es ni el analista ni el analizando, sino una tercera subjetividad generada inconscientemente por el par analítico (Ogden, 1997, p. 9).

La identificación proyectiva es entendida por Ogden (1997) como *una dimensión de toda intersubjetividad; a veces, la cualidad predominante de la experiencia, otras veces sólo un trasfondo sutil* (p. 99). Se restablecen las dimensiones más complejas y conflictivas del campo analítico:

En la identificación proyectiva hay un colapso parcial del movimiento dialéctico de la subjetividad individual y la intersubjetividad, y la creación resultante de un tercero analítico que las somete (dentro del cual quedan en gran medida subsumidas las subjetividades individuales de los participantes). Un proceso analítico exitoso implica la sustitución del tercero y la reapropiación de las subjetividades (transformadas) por parte de los participantes como individuos separados (aunque interdependientes). Esto se logra mediante un acto de reconocimiento mutuo que a menudo es mediado por la interpretación que hace el analista de la transferencia-contratransferencia y el uso que hace el analizando de la interpretación del analista. (ibid, p. 106).

El problema que se le presenta al analista en cuanto a diferenciar entre sus propias reacciones emocionales, elementos que pertenecen exclusivamente a su propia subjetividad, y los suscitados en él por el analizando reciben ahora una solución fundamentalmente diferente a las que pueden encontrarse en otros autores:

Ni la intersubjetividad de la madre-bebé ni la del analista-analizando (como entidades psicológicas separadas) existen en forma pura. [...] En las relaciones madre-bebé y analista-analizando la tarea no es desmenuzarlas en los elementos que las constituyen para determinar qué cualidades pertenecen a cada individuo participante en ellas, sino más bien, desde el punto de vista de la interdependencia entre sujeto y objeto, la tarea analítica implica un intento de describir, lo más acabadamente posible, la naturaleza específica de la interacción de la subjetividad individual y la intersubjetividad (Ogden, 1994, p. 64).

Aunque la situación analítica nunca deja de ser una situación de dos sujetos distintos y separados que están en comunicación uno con otro, lo que propone Ogden es que abandonemos este punto de vista para intentar comprender los fenómenos analíticos. Lo que para otros autores podría pensarse como sentimientos y pensamientos comunicados inconscientemente o inducidos también inconscientemente por el analizando al analista, Ogden lo describe como sentimientos y pensamiento que simplemente son sentidos y pensados por el tercer sujeto intersubjetivo. Creo que estas ideas pueden auxiliarnos en la comprensión del pasaje siguiente descrita por Canesin (2018):

Vestía el mismo gorro, la misma bermuda y las mismas ojotas. Sonreía. No dijo nada durante toda la sesión y no respondió las pocas preguntas que le hice. Dos veces por semana, durante un mes, Quince acudió puntualmente y permanecía en silencio. La mayor parte del tiempo me encaraba sonriendo. Yo interpretaba aquello como una respuesta a la fantasía de que pudiesen querer verlo sonriente, dispuesto e inofensivo. Al preguntarle por qué sonreía, Quince movía la cabeza y tocaba el gorro, pero no decía una palabra, lo cual me hacía pensar que tal vez no entendía mis preguntas. Al salir del trabajo, no podía evitar la fantasía de que Quince estaba al acecho, observando o planeando robarme o atacarme con un cuchillo. Probablemente, tales fantasías fuesen persecutorias y vinculadas a la experiencia con Quince, un efecto de mi inexperiencia, del miedo —que no acababa de reconocer— a atender pacientes con historial criminal, o que pertenecieran exclusivamente a mi mundo interior. Pensé que tal vez, en otro contexto, pudieran ser menos recurrentes, pero no podía prever lo que Quince podría llegar a hacer, así como la mayor parte de los elementos de su vida mental. Al no identificar aquello que lo había llevado a cometer los actos de violencia, tampoco sabía cómo mi posición lo movería en fantasía o en acto; el aviso en la primera sesión indicaba, no obstante, la existencia de un claro componente agresivo que puede ser expresado verbalmente y después negado.

Mientras caminaba hacia la salida, notaba receloso el reflejo del sol del atardecer en los vidrios de los autos, en algunos metales, y me vino a la mente un recuerdo personal. Cierta vez, cuando era joven, en una pequeña propiedad rural, un día soleado y muy caluroso, me asignaron la tarea de sangrar a un animal que sería sacrificado. Al principio, me dispuse a realizar la acción sin pestañear, con un cuchillo en mano, pero me asaltó cierta aprehensión al notar que, antes del corte, el animal sería golpeado en la cabeza para dejarlo atontado. Consideré excesivo aquel procedimiento. Estábamos en un grupo y todos parecían más entusiasmados que yo con la faena. Aquel día, entre sangrar al animal, asumir el protagonismo que me habían delegado en la escena, o retroceder, me decidí por esa última acción, aunque estuviera seguro de ser capaz de realizar la tarea. El recuerdo me parecía anodino, pero debería ser tomado en cuenta.

En uno de los atardeceres, el reflejo pareció estar cerca de mi mano, la luz remitía a la imagen del cuchillo que yo había empuñado años atrás en un día caluroso y al estado de aprehensión sobre lo que ocurriría. Me tranquilicé. El miedo fue atenuado por aquel recuerdo de que yo también podría usar un cuchillo de manera agresiva, aunque no lo hiciese. El recuerdo, de carácter defensivo, disminuía la angustia de estar sometido a la violencia del paciente, cuyos motivos desconocía. Reaccionaba contratransferencialmente a la experiencia que tenía en las sesiones con Quince, a partir de la relación incipiente que se había establecido, procesándola, re-escribiéndola en términos que me resultaran más favorables. Aunque la fantasía y el recuerdo despertados por él fuesen personales, los elementos a los cuales obedecían podían ser el resultado de la identificación proyectiva del paciente, a la que yo reaccionaba con una contraidentificación proyectiva o con un reverie. (p. 41)

La relación entre analista y analizando como dos sujetos completamente constituidos y separados sigue manteniéndose a nivel verbal y consciente. Por otra parte, cuando consideramos la intersubjetividad desde el punto de vista de Ogden, ya no encontramos una relación o una comunicación involucradas. La intersubjetividad, entendida como un “tercer sujeto intersubjetivo”, no es una relación entre dos sujetos sino, precisamente, un nuevo sujeto. Lo que, desde un cierto punto de vista, ocurriría en la relación entre los sujetos ocurre ahora como la experiencia del tercer sujeto.

La situación analítica como un todo se modifica cuando consideramos la creación del tercero: el analista y el analizando ya no existen como sujetos aislados, pasan a constituirse sobre la base de la relación dialéctica entre subjetividad e intersubjetividad. Y esta relación dialéctica es de mutua constitución, en ella no tiene sentido hablar de comunicación o cualquier otra forma de relación entre polos enteramente externos uno del otro. En la experiencia del tercero analítico están en juego *formas simbólicas y protosimbólicas (basadas en sensaciones) dadas a la experiencia desarticulada (y a menudo no sentida todavía) del analizando, ya que van tomando forma en la intersubjetividad del par analítico, es decir, en el tercero analítico.* (Ogden, 1994, p. 82).

Según el psicoanalista norteamericano Bruce Reis, (1999), Ogden habría superado los límites tanto de un modelo basado en un simple reflejo, como de la insuficiencia del modelo de relaciones de la dialéctica hegeliana: construye una “relación de relativa igualdad, y por lo tanto de relativa diferencia”, anterior a la conciencia de los sujetos individuales: *La experiencia intersubjetiva precede a la experiencia personal y está [...] enraizada en la vivencia corporal.* (p. 384).⁵

5. Algunas de estas ideas ya han sido presentadas de una manera más desarrollada en Coelho Junior (2002), un texto al que remito a los lectores interesados.

Esta interpretación de Reis se mueve en la misma dirección que las ideas que he propuesto sobre los elementos integrantes de la situación analítica. Reconozco así la influencia de las concepciones de Ogden en mi pensamiento y en la forma de mi trabajo clínico (cf. Coelho Junior, 2010).

Agrego solamente que, si pensamos como Ogden, a partir de las funciones del “tercero analítico” tendremos lo que llamo “corporeidad del *setting*” como posibilidad simultánea de percepciones internas y externas de cada una de las corporeidades de la situación analítica y también de la situación misma, compuesta por las dos corporeidades: la co-corporeidad. La porosidad propia de nuestros cuerpos es la condición que hace posible todo trabajo analítico, aun cuando no sea una condición suficiente. Es con nuestro cuerpo que aprehendemos los afectos, somos penetrados por introyecciones y realizamos proyecciones. No es solamente el mundo mental el que proyecta. Es con nuestro cuerpo, a través de su porosidad, que proyectamos e introyectamos. Quizás ni siquiera se trata de hablar de proyecciones y de introyecciones sin comillas, ya que son las nociones mismas de interno y externo las que deberían ser transformadas. La noción fundamental de identificación proyectiva, por ejemplo, debería ser pensada más allá de un acto o de un mecanismo mental.

La dimensión co-corporal del campo analítico indica la gran interdependencia existente entre los funcionamientos psíquicos de los analizandos y de los analistas durante el proceso del análisis. Son los estímulos básicamente no-verbales y pre-verbales (pero que pueden ser también verbales) los que operan por medio de un plano primordial de contacto y de experiencia con el otro, los que equivalen a la co-corporeidad

Al adoptar la riqueza teórica aportada por las nociones de campo analítico, de intersubjetividad, de intercorporeidad, no podemos correr el riesgo de perder de vista la sexualidad, las fuerzas pulsionales, los registros inconscientes, la dinámica conflictiva, el mundo interno y los objetos que lo habitan y atormentan. Propongo, por lo tanto, que comencemos a pensar el fundamento del campo analítico como una co-corporeidad, un tejido material y energético, móvil e inestable, movido por fuerzas pulsionales mensajeras (Roussillon, 2008) y marcado por interferencias de intensidades tanto internas como externas, que van constituyendo un campo de fuerzas y de proto-sentidos. No hay cómo excluir la dimensión pulsional de la corporeidad, ni del Yo, ni del Inconsciente. Sin embargo, tampoco hay manera de negar la dimensión relacional, propiamente intersubjetiva de la situación analítica. Prefiero la noción de co-corporeidad que la de intercorporeidad, porque pienso que el énfasis no debe situarse en el “entre” corporeidades, sino que más bien en la idea de la co-presencia de dos corporeidades que ya traen consigo al Yo y al otro. Co-corporeidad que no es una unidad diferenciada, sino que es la presencia de dos corporeidades en la que cada una es más que una unidad

encerrada en sí-misma, en la que cada una es siempre la simultaneidad del dos o del uno, y donde existe un cierto nivel de diferenciación y de indiferenciación.

El trabajo psicoterapéutico realizado por Canesin indica con claridad la importancia de estas dimensiones en la clínica psicoanalítica. En situaciones en que el plano de las representaciones es suplantado por el de los afectos y en que el trauma precoz se impone como elemento psicopatológico central es preciso considerar la clínica psicoanalítica a partir de referencias que no se restringen a la interpretación de las defensas.

Concluyo haciendo referencia al dispositivo técnico que Ferenczi (1929) utilizó al final de su vida en casos de pacientes con traumatismo precoz. Propuso entonces una mayor "elasticidad" en la técnica analítica, considerando la disminución de la capacidad de trabajo en el análisis de esos pacientes, en la medida en que es posible al analista.

Dejar, durante algún tiempo, el paciente actuar como un niño (...) por ese laissez-faire se permite a tales pacientes disfrutar de la irresponsabilidad de la infancia, lo que equivale a introducir impulsos positivos de vida y razones para sí mismos seguir existiendo. Sólo más tarde se puede abordar con prudencia esas exigencias de frustración, que, por otro lado, caracterizan nuestros análisis. (p. 51)

La capacidad de vitalización o revitalización del analista es puesta a prueba en estas situaciones. El énfasis puesto por Ferenczi está, por lo tanto, en la importancia de introducir "impulsos de vida positivos", lo que para él implica demostrar ternura con relación a los niños (o a los pacientes que necesitan vivir por un tiempo en el análisis la irresponsabilidad de la infancia). Indico, así, que la idea de situación analítica concebida a partir de la co-corporeidad tiene también un origen en la concepción clínica del último Ferenczi. Con eso, subrayo, que el campo analítico concebido como una co-corporeidad, como un tejido material y energético, móvil e inestable, movido por fuerzas pulsionales mensajeras y marcado por interferencias de intensidades, tanto internas como externas, que van constituyendo un campo de fuerzas y de proto-sentidos, es lo que permite que impulsos de vida positivos puedan ser introducidos y comprendidos en una situación analítica. Por eso, insisto, no debemos excluir la dimensión pulsional de la corporeidad, ni del Yo, ni del Inconsciente y tampoco debemos recusar la dimensión relacional como experiencia constitutiva de nuestro psiquismo.

Referencias bibliográficas

- Balint, M. (1952/1985). *Primary Love and Psycho-Analytic Technique*, London: Karnac.
- Baranger W. & Baranger, M. (1969/1993). *Problemas del Campo Psicoanalítico*. Kargieman, Buenos Aires.
- Baranger, W. (1994). Processo en Espiral y Campo Dinámico. En W. Baranger, R. Zak de Goldstein & N. Goldstein, *Artesanías Psicoanalíticas*. Buenos Aires: Ed. Kargieman.
- Canesin, E. (2018). La apertura, el cierre y la ocupación de espacios en la contratransferencia con pacientes violentos. *Revista de Psicoanálisis (Lima)*, 22.
- Coelho Junior, N. (2002). Intersubjetividade: conceito e experiência em psicanálise. *Psicologia Clínica*, 14, (1). Rio de Janeiro: Companhia de Freud/PUC-RIO, pp. 61-74.
- _____. (2010). Da intercorporeidade à co-corporeidade: elementos para uma clínica psicanalítica. *Revista Brasileira de Psicanálise*. Volume 44, n. 1, pp. 51-60.
- Ferenczi, S. (1929). A criança mal acolhida e sua pulsão de morte. En *Sándor Ferenczi-Obras Completas*, Vol. IV. São Paulo: Martins Fontes, 1992.
- Ogden, T. (1982). *Projective Identification and Psychotherapeutic Technique*. Northvale, New Jersey: Jason Aronson.
- _____. (1990). *The Matrix of the Mind- Object Relations and the Psychoanalytic Dialogue*, Northvale, New Jersey: Jason Aronson.
- _____. (1994). *Subjects of Analysis*, Northvale, New Jersey: Jason Aronson.
- _____. (1997). *Revêrie and Interpretation*, Northvale, New Jersey: Jason Aronson.
- Reis, B. (1999). Thomas Ogden's Phenomenological Turn, *Psychoanalytic Dialogues*, 9 (3): pp. 371-393.
- Rickman, J. (1951). Methodology and Research in Psycho-pathology. En Rickman, J., *Selected Contributions to Psycho-Analysis*. London: Karnac. (2003)
- Roussillon, R. (2008). La pulsion et l'intersubjectivité: vers l'entre-je(u). En *Le jeu et l'entre-je(u)*. P.U.F.: Paris.

Resumen

La dimensión contratransferencial en una situación analítica puede ser concebida y comprendida de diferentes formas. En este artículo enfatizaré, a partir del caso clínico atendido por un colega, el campo de intensidades y experiencias perceptivas / corporales vividas por el analista, siempre referido a la inextricable conexión entre los dos miembros del par analítico. Para ello, se utilizará, primero, la propuesta por la pareja Baranger de un "campo analítico". Para ellos, la situación analítica puede ser descrita como teniendo una estructura espacial y temporal, estando orientada por líneas de fuerza y dinámicas determinadas, teniendo sus leyes y propósitos propios. Se entiende así, que la observación del analista siendo simultáneamente observación del analizando y auto-observación correlativa, sólo puede ser definida como observación de un campo. En un segundo momento utilizaré la concepción del "tercero analítico" de Ogden para avanzar en la comprensión del caso clínico. A partir de las funciones del tercero analítico, se destacará lo que concibo como la "corporeidad del *setting*"; o sea, la posibilidad simultánea

de percepciones internas y externas de cada una de las corporeidades de la situación analítica, así como de la propia situación compuesta por las dos las corporeidades, lo que denomino de la co-corporeidad.

Palabras clave: situación analítica, contratransferencia, campo analítico, cuerpo, tercero analítico

Abstract

The countertransference dimension in an analytic situation can be conceived and understood in different ways. In this article it will be emphasized, taking a clinical case as point of anchorage, the field of intensities and perceptive / corporal experiences experienced by the analyst, always referred to the inextricable connection between the two members of the analytic pair. The "analytical field" proposed by the Baranger couple will serve as a starting point. For them, the analytic situation can be described as having spatial and temporal structures, being oriented by lines of force and determined dynamics, having their own laws and purposes. It is understood, thus, that the observation of the analyst being simultaneously observation of the analysand and correlative self-observation, can only be defined as observation of a field. In a second moment, Ogden's "analytic third" will be used to advance in the understanding of the clinical case. From the functions of the third analytic, it will be conceived the "corporeality of the setting", that is, the simultaneous possibility of internal and external perceptions of each of the corporealities of the analytic situation, as well as of the situation itself composed of the two corporealities, what will be called co-corporeality.

Keywords: analytic situation, countertransference, analytic field, body, analytical third